

CONVERSACIONES CON UN ESCRITOR JOVEN

Después de leer su libro, me encuentro con la oportunidad de forma inesperada de entrevistar a Matías Candeira (Madrid, 1984), autor de *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo Editores, 2009). ¿Qué se le puede preguntar a alguien cuyos relatos te han animado a seguir en un oficio como éste, te han sorprendido, has seguido su trayectoria desde los comienzos, le has visto crecer como escritor, en fin, admiras su trabajo y sientes una curiosidad infinita por conocer cuanto tenga que decir?

Le propongo un diálogo como éste y acepta encantado. ¿Qué es para Matías Candeira escribir? ¿Cómo empezó? ¿Cuándo comenzó a crecer tanto su vocación como para lograr publicar un libro a los 24 años; pasar de escribir “porque él escribía, porque para él era lo natural, lo intrínseco” a descubrirse como escritor, y qué ocurrió en el cambio que supongo se produciría en su vida y en el que ha querido sumergirse y vivir; la soledad, la disciplina, la vida entre libros, etcétera, abarcando la literatura, imagino, el lugar principal, un compromiso frente a otras facetas de la vida?

Su primer libro, le digo, está lleno de frescura y madurez, de combinatorias imposibles, de frases y recovecos y cintas de Moebius, de escritura y de ganas de escritura, le digo, que espero llegue a ser el escritor que siempre ha querido ser. Ése y no otro, se entiende, y él me entiende porque es escritor, quizá uno que todavía se oculte tras la soledad de los ventrílocuos, quiero pensar que ya ha llegado más lejos, porque también sabe que no vale detenerse, y nos ha dejado un regalo; dos relatos inéditos, posteriores a la publicación, que ha querido seguir compartiendo. Bien.



¿Cómo es el proceso de escritura de tu obra, el planteamiento de las historias, la primera idea, el desarrollo, la inmersión en la historia, qué son para ti los personajes de tus relatos?

Hablando vulgarmente, a mí me gustan los relatos que se rompen por las esquinas. Por eso siempre intento que mis cuentos gocen de cierta imprevisibilidad, ese punto en que la escritura delira y produce un efecto inédito, perturbador y hasta extraño. Para mi gusto, todo buen relato tiene que tener ciertas zonas que el autor no controle, un fuera del sentido, una zona fantasma (me temo que todo esto suena a chino) por la que el lector se ve impelido a sentir y mirar de otra manera. Por eso, a la hora de escribir le doy mucha importancia a esos momentos de la escritura donde no sé lo que quiero decir. Con esto no quiero decir que no sea metódico y evite planificar; pero me parece importante conciliar esa parte no consciente de la escritura con una buena estructura. Te diré que prefiero un buen relato imperfecto, que posea momentos luminosos, que un relato perfectamente cerrado.

¿En qué momento de tu relación con la literatura te encuentras?

La literatura y yo nos estamos haciendo amigos; hace poco le regalé un pastor alemán con un lazo rosa atado a la cabeza, además de una encantadora caja de bombones. Me ha prometido que pronto me presentará a sus padres...

Ahora sin retintín: acabo de terminar de corregir un segundo libro de relatos. Por experiencia sé que mi escritura sufrirá un parón. Hay que buscar cierto tiempo para pensar y, sobre todo, para vivir. El deseo de escribir tiene que echar raíces otra vez. También estoy reflexionando sobre una idea para una novela, algo parecido al encuentro entre Kafka y El guardián entre el centeno. Mis planes a corto plazo consisten simplemente en que me he comprado una libreta y voy apuntando ideas, impresiones, deseos. Me divierte pensar en lo que voy a escribir tanto como escribirlo.

¿Con qué autores compartes tu experiencia en estos momentos, meses después de publicar tu libro?

Tengo mucha relación con el mundo del relato corto y los autores que cultivan el género en España, entre los que se encuentran buenos amigos míos. Las sinergias entre nosotros son constantes y, aunque hay que mirar esto con cierta distancia, existe una cierta camaradería que nos une y por la que compartimos objetivos. Sí te puedo decir que, aunque hay aún muchas barreras por derribar para los que consideramos el relato un género mayor, hay un movimiento soterrado constante; y editoriales, y cada vez más lectores que se acercan al género con la mente abierta. Ha costado y costará sacar a este país de la gula novelística. Quién sabe si eso se podrá cambiar. De lo que no hay duda es de que cada vez hay más autores que cultivan el cuento corto y un aumento exponencial de la calidad de lo escrito.

¿Ha quedado tu primer libro de relatos como algo pasado? ¿Eres capaz de hacer una crítica de él?

Creo que la autocrítica siempre es posible (y hasta necesaria), pero hay que

ejercerla con cuidado. Un libro, sea el primero o el número quince, siempre se escribe bajo unas circunstancias personales concretas; es indisoluble de la manera en que la vida funciona, como la buena escritura. Eso tiene cierto valor, si cuidas que no empañe tu exigencia frente al trabajo. En este sentido, no creo que la edad importe demasiado a la hora de valorar el texto. Sé que podría ser la primera excusa una vez pasado el tiempo, “era muy joven...”. Lo pienso, y lo cierto es que tengo que oponerme un poco a esa justificación. Invertí tres años en armar *La soledad de los ventrílocuos*, y dos años más hasta que conseguí publicarlo. Tiene más horas de corrección encima de las que son mentalmente saludables (hay un obsesivo Flaubert en mí, ya ves). De hecho, hubo un punto en que tuve que dejar de corregir porque corría el riesgo de estropearlo. Sigo satisfecho con él.

Claro que, al ser un libro de relatos, es impensable que no haya mejores y peores. Por eso me surge una pregunta: ¿los que le gustan menos al autor tienen que ser necesariamente los menos interesantes? Mi experiencia es rara en ese sentido: sólo hay dos cuentos con los que dudé a la hora de incluirlos o no. Uno fue desechado. El otro lo incluí porque fui incapaz de desprenderme del cariño que le tenía. Confiaba en que fuera un apósito a todos los demás de una calidad aceptable. La sorpresa fue que, de hecho, es de los más mencionados por los que me han leído.

¿Conjuga tu escritura de hoy con la que nos ofreces en estos cuentos de *La soledad de los ventrílocuos*? ¿Buscas seguir explorando el camino que has abierto con estas narraciones o probar un cambio en el estilo, la dinámica en el desarrollo de tu obra, la temática, la forma, el tono...?

Ten en cuenta que hace más de dos años que puse el punto y final a este libro, así que es impensable que no exista cierto cambio en mi escritura y en la mirada que uso. Reconozco que con este libro próximo he ampliado mi mirada hacia otras perspectivas y géneros, así que estos nuevos relatos tienen posos del cómic, del cine, de la serie B y el derribo. Hay más apetencia por la broma y lo posmoderno. Sobre todo, es una mirada más oscura y desencantada hacia la identidad y los lazos familiares, que, supongo, es el hilo central.

¿Como lector, qué tipo de literatura te hace más feliz, con cuál disfrutas más?

Soy un lector muy poco metódico que quiere abarcar demasiado, así que eso me da la ventaja de poder disfrutar con varios géneros. Tengo especial afinidad por la mal llamada literatura popular: ciencia ficción, terror, novela negra... También hago el amor, tímidamente, con la poesía. Relatos leo todos los días, mínimo dos, para engrasar las ideas y potenciar la envidia sana, que es un buen motor de escritura. Mi cuarto está lleno de novelas.

¿Qué queda y qué permanece del sueño de ser escritor, y con qué parte de realidad de escritor te enfrentas hoy en día?

La verdad es que puedo decir que mis sueños, ahora mismo, son más modestos de lo que cualquiera podría pensar: me conformo con escribir los libros que deseo y a mi manera, con que me los publiquen y con que vayan saliendo algún que otro bolo de vez en cuando. El tiempo dirá qué pasa después.

Cuéntame una excusa con la que te sientas frente al teclado dispuesto a escribir, pongamos, un folio; al menos, unas horas.

Suele ser más sencillo para mí cuando me siento al teclado con un pequeño placebo mental en la cabeza. Las ideas, que son un poco malvadas, tienen esa maravillosa capacidad de hacer, literalmente, lo que les apetece. Más de una vez me he sentado a escribir con el deseo de hacer un pequeño microrelato; y más de una vez me ha pasado que, sin yo quererlo, se ha transformado en una historia mucho más compleja, más larga y con la que tengo que trabajar durante semanas. Lo más sencillo para escribir es ponerse a ello con la misma humildad con la que te sientas a escribir la lista de la compra.

¿Y una excusa para no escribir?

El miedo a no terminar lo empezado, el miedo a fallar, incluso el miedo a hacerlo bien. Y la pereza, que también es muy malvada.

M. CABRERA